Año 1962 Heraldo de Aragón 141

13 Junio

57

VOLVER

Por *Joaquín CALVO-SOTELO*

(De la Real Academia Española)

VOLVER a España, sí. No ya al Madrid en que uno vive habitualmente, ni a la casa, volver a España después de una temporada corta o larga —es lo mismo— de estar ausente, ¿qué efectos nos produce? ¿Cómo hace reaccionar nuestro espíritu, nuestra sensibilidad, nuestras fibras cordiales? En la retina llevamos grabada la estampa del aeropuerto que acabamos de abandonar. Los aeropuertos de Europa son, en general, magníficos. Resplandecientes de luz, de organización y de eficiencia. Como dárselas de viajero a estas alturas de la vida es puro provincianismo, puedo decir sin parecer pedante que una gran mayoría de los del continente me son conocidos. Yo tengo preferencia por tres de ellos: Orly, Zurich y Franfort. Aun la Europa devastada de la guerra se apresuró a reconstruirlos. Nos corresponde a nosotros el triste privilegio de seguir siendo usuarios, "velis nolis", del barracón de Barajas, mientras el gran edificio contiguo avanza con una lentitud y una incertidumbre desesperantes.

Si no hemos viajado por el aire, como la velocidad y la ausencia de fatiga nos aconseja y sí por ferrocarril, habremos saltado al nuestro, renqueante, de otros limpios y veloces como centellas y si por automóvil, habremos corrido el riesgo, apenas cruzado el puente internacional, de rompernos la crisma en una curva de la que nadie nos previno o en un bache que hizo crujir, con riesgo de quebrarse, el bastidor del coche.

Por eso volver a España es primero llorar para dentro lágrimas pequeñas, pero que duelen, irritarse contra nuestra desidia, remediable, o contra nuestra pobreza sin remedio. Treinta minutos amargos. Pero, inmediatamente después, es sentir una alegría profunda, un bienestar, un sosiego, que sólo aquí, entre nuestros paisajes, entre nuestros afectos, entre nuestros específicos problemas intelectuales y profesionales, fructifica. Y es saborear, simultáneamente, una serie de pequeñas cosas impagables que nos consuela de la mediocridad de otras. El que el funcionario de policía nos coteje con el pasaporte y nos salude amicalmente: —¿Cuándo es el próximo estreno? (Al autor dramático se le habla con mucha más frecuencia de los estrenos venideros que de los pasados. Al novelista se le dice: —Ya leí su último libro —más que cuando publica otro. Al poeta se le supone, si ya ganó ese título, como congelado con su ópera *omnia* rematada, y se le citan los versos preferidos. El articulista suele escuchar eso tan vago de: —Ya le sigo a Vd...). Es informarnos por el del taxi, de cómo le va en el oficio y que nos agradezca la propina que el de París nos lanzaría a la cara; es que el vendedor de periódicos que ni conocemos ni nos conoce nos diga que ya le pagaremos mañana si no llevamos suelto; es comentar los éxitos y los fracasos ajenos y comprender que repercuten en nuestro espíritu y nos afectan; es darnos cuenta de que el alma se aldeaniza un poco se desprende de esa mayor curiosidad que se le abre al cruzar la frontera pero se centra en lo que de verdad le apasiona y vale; es leer en los periódicos la letra pequeña de los sucesos, de las notas de sociedad, o la letra grande y dramática de las esquelas y notar que todo, de cerca o de lejos, nos concierne; es reaparecer en los círculos de los amigos, de los compañeros, y enterarse de qué noticias hay y del último chiste; es, en suma, identificarse, sumergirse en una atmósfera que es la nuestra, aquella en la que nacimos y en la que quisiéramos vernos envueltos siempre; es respirar nuestro propio aire, el que nos tonifica, el que calafatea nuestros pulmones y emplastece sus tejidos. Volver, pues, es dulce cosa. Dulce e imprescindible. Hemos pasado fuera días magníficos, alegres, hemos visto ciudades, teatros, gentes, de primer orden. Hemos tomado el pulso a un nivel de vida superior al nuestro y aun así ha habido un momento en el que hemos pensado que si tuviéramos que afincarnos en aquel ambiente, nos sentiríamos desgraciados o, mejor dicho —y esto no sólo en el sentido recto, sino en el ideal de la palabra— desterrados, fuera, sí, del humus en el que podemos ser fértiles para nosotros mismos, útiles para los demás.

¿Sabría ser dichoso fuera de mi país? Creo que no. Ni en el mejor del mundo, ni en el más rico.

Más quiero yo a Peribáñez
con su capa bien garnida,
que al Comendador de Ocaña,
con la suya bien garnida.

El genuino encanto de España, la caballerosidad, la generosidad, la honestidad, el valor que los vínculos amistosos y familiares tienen entre nosotros, no se superan en parte alguna. Pero se tarda algún tiempo en apreciar todo eso. Lo primero que nos sale al paso, cuando regresamos, es su fachada, una fachada descuidada, polvorienta y con desconchados Habría que adecentarla, que embellecerla, y no sólo por nosotros, que ya sabemos a qué atenernos, sino por cuantos se forman en las estaciones, en los aeropuertos, una impresión desfavorable de nuestra Patria. Quizás sea esto una supervivencia en mí de viejos prejuicios mesocráticos. En la casa de mis padres, se dedicaba a la sala de recibir la mejor habitación y los mejores muebles. Era, grandes temporadas del año, una estancia mostrenca y sin empleo, ocupada por unos cuantos visitantes convencionales, pero ¡ay del que propusiera su supresión o su traslado! Tal vez acuso esa pueril influencia pero confieso que, si en mi mano estuviera, construiría en el cinturón de los Pirineos, sobre todo, las mejores estaciones, las mejores Aduanas y unos kilómetros de autopista, aunque no fueran muchos, los bastantes para que no nos aquejase ningún complejo de inferioridad al volver. Porque, muy pronto, el invisible sortilegio de España, prende y seduce, a propios y a extraños. Pero esa media hora, caramba, esa primera hora...